

MARTA HUELVES

Autora de La memoria del tejo

EL TERCER LAGO

**Crimen y leyenda en el corazón
de las montañas de Asturias**

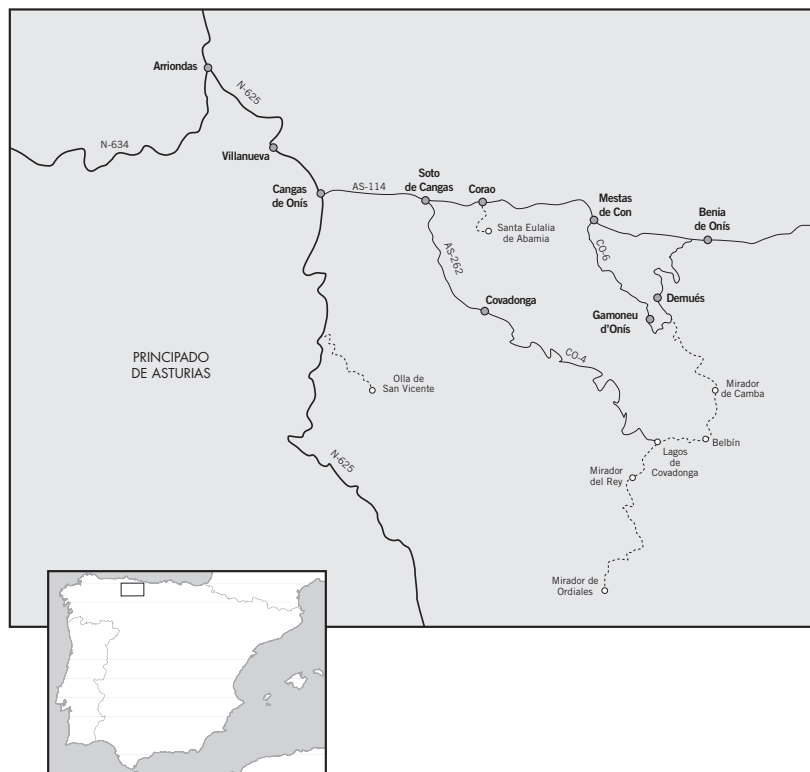
EMBOLSILLO

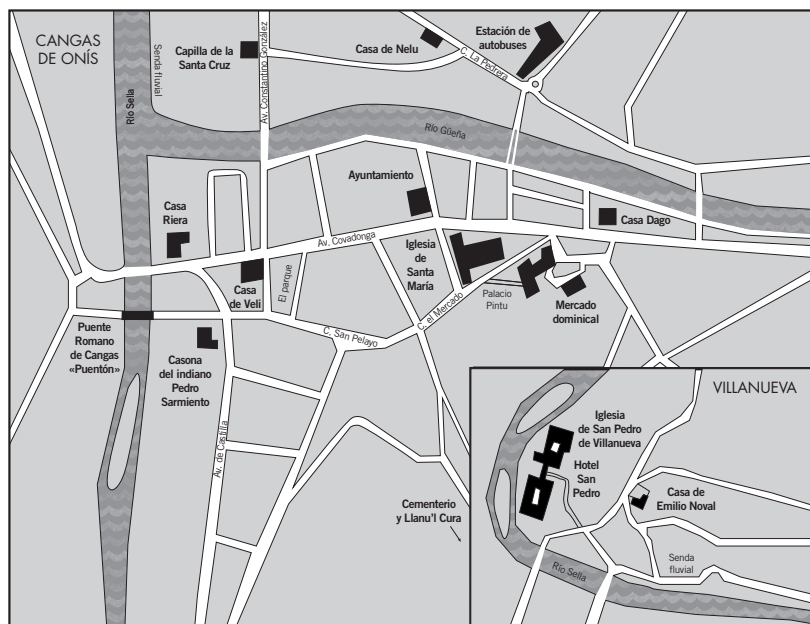
A Lucía

A Paula

Sois mi Tierra Prometida

Los escenarios de la novela





*Déxame tiempu pa recordate
que nos picos d'europa nun hay en tres partes,
que nos picos d'europa nun hay en tres partes,
nin tenemos más patria qu'estes montañes
nin más fronteres que les del aire.*

De Los Picos D'Europa
ANABEL SANTIAGO

*¿Qué es la supervivencia?
Una infinita capacidad de sospecha.*

El topo
JOHN LE CARRÉ

Cuatro años atrás

LA VOZ DEL hombre rebasó el límite de la cortesía en la conversación. La de la mujer también. Un grito. Otro, y otro más. Primero el hombre, luego ella. Primero ella, luego él. Un portazo y un nuevo grito. Reproches. La mayoría de las frases estaban salpicadas de insultos.

Se escucha el sonido de una cisterna. Una voz infantil. Otro portazo. Una voz juvenil y el sonido de las ruedas de una maleta sobre el pavimento. Abrir y cerrar cajones. Arrastrar sillas. Subir cremalleras. Un nuevo enfrentamiento antes de abandonar la vivienda. Más reproches. Gritos. Aspavientos. El llanto del crío conmueve al hombre y repugna a la adolescente.

Adioses. Hastanuncas.

La puerta del garaje se eleva. La del maletero del coche se cierra con un golpe cuyo eco confunde la procedencia del sonido. Se cierra la puerta del conductor. Riña para ver quién ocupa el asiento del copiloto. Gana el niño. La adolescente se acomoda detrás. El hombre observa desde la ventana. Ruido de motor.

Noche.

La conductora enfila la carretera.

Luz. Oscuridad. Luz. Oscuridad. Luz. Oscuridad.

Las farolas desaparecen y se abre ante ellos el bosque. La carretera zigzaguea cuesta abajo.

A la derecha, a la izquierda.

La mujer habla sola. Insulta hacia la negrura de la noche. Frena. Estira molesta de la falda. Reprende al niño. Acelera. Mira por el retrovisor. Reprende a la chica. Maldice. Nom-bra al hombre. Maldice. Lloro.

Un jabalí cruza la carretera. Ella lo ve. Frena. Grita. Se espanta. Gira el volante y golpea al animal. Gira el volante hacia el lado contrario. Las ruedas chirrían. El niño y la adolescente gritan. El coche se sale de la carretera. Una de las ruedas se hunde en el badén. Ella pierde el control. El vehículo avanza a toda velocidad hacia el precipicio.

Acordarse de Dios es lo último que ella hace antes de incrustar el coche en el barranco. Gritos. Ruido de cristales rotos. Y...

Silencio.

Silencio.

Silencio.

La noche aún durará unas horas.

Silencio

Un hilo de voz rompe el silencio.

Fais-moi sortir d'ici!

(¡Sacadme de aquí!)

Oriente del Principado de Asturias

Finales de noviembre
Cangas de Onís

EVELINA CHASQUEÓ LA lengua y alzó los ojos al cielo.

¡Ah!, la niebla.

Asomada a la ventana inspiró solo una pequeña bocanada de aire, lo suficiente como para determinar con precisión de sabueso el perfume de la madrugada; de la mañana, más bien.

El reloj marcaba las ocho en punto.

Hora de ir a trabajar.

Cuando atravesó el portal, la humedad que emanaba del río Sella se le ciñó a la cara como un velo de novia. Entonces comprobó que no era niebla. Mezclada con el humo —restos del incendio que había consumido varias hectáreas de matorral los días anteriores—, conservaba el sabor de la madera calcinada. Sintió que la pena le subía hasta la garganta, y a través de la neblina adivinó el perfil de las montañas y su imperceptible silueta. Si hubiera heredado la maestría de su padre con el lápiz, las habría dibujado de memoria, aunque el espesor era tal que apenas distinguía el contorno de la calle.

Chasqueó de nuevo la lengua, se ajustó el cuello del abrigo y recorrió los escasos metros que la separaban de su vehículo. El trayecto sería breve, como todos los martes, jueves y sábados de cada mes. Atravesó la avenida de

Castilla y se incorporó a la N-625, dirección Arriendas. La carretera nacional era la ruta más rápida para salvar los tres kilómetros que había hasta la vivienda en la que trabajaba como empleada de hogar en la vecina parroquia de Villanueva.

La casa de la familia Noval.

¡Los Noval, nada menos!

Mientras recorría las calles, Cangas de Onís se desperezaba. La niebla parda la acompañaba en su rutina. La vivienda se encontraba fuera del pequeño núcleo rural de Villanueva y se accedía a ella por un camino sin asfaltar.

Evelina, o más bien Veli, ya que prefería el diminutivo de su nombre, estacionó el coche a tientas, y a tientas abrió el portón trasero y extrajo una bolsa de deporte en la que no había nada que recordara ni de lejos una actividad deportiva. Aunque sí de limpieza: una bata, un par de guantes y las pantuflas de lana, bien calentitas.

Un último vistazo al coche antes de dirigirse hacia la casa.

Una puerta metálica con pretensión de muralla a la manera de un castillo fortificado salvaguardaba la casona de piedra. Era un vecindario tranquilo en el que convivían grandes propiedades rehabilitadas, con casuchas de tejados rojos y maderas roídas por el paso de los años. Cuando el señor Noval decidió perimetrar la finca y obstruir la entrada con un portón de casi dos metros de altura, se convirtió en la comidilla de los vecinos, poco habituados a la desconfianza. «Cosas de Francia», cavilaban entre ellos por aquello de señalar el recelo como fruto de las costumbres del país donde había vivido la familia.

Una vez superado el elemento disuasorio, una intensa sensación de acogida sorprendía al contemplar el jardín delantero. Debido a la escasa visibilidad, la mujer avanzó con

desconfianza por el césped cuidado, blandengue y salpicado aquí y allá de piedras extraídas del río Sella y decoradas con dibujos, cuyo significado se le escapaba. Pasó muy cerca del impresionante fresno, una presencia que imprimía carácter a la parcela, y del joven cerezo, capricho de Mónica, la hija del propietario.

La noche anterior, poco antes de la hora de la cena, Emilio Noval contemplaba el cielo emborronado que se extendía sobre el jardín como un edredón mullido. Las gotas de vapor de agua se condensaban deslizándose por el perfil de las montañas en una avanzadilla de la niebla. Alguien quemaba rastrojos. El aire olía a ceniza, lo que estimulaba su nariz con un molesto picor. El foco del incendio boqueaba tras consumir parte del matorral, pero todavía emitía fogueos anaranjados que teñían las nubes.

Dos pasos más allá, la mujer volvió a dudar bajo el muro de piedra sobre el que se alzaba una típica casa asturiana de dos pisos, corredor sobre machones y galería. La empleada sacó las llaves del bolsillo y se percató de que el portón del garaje estaba abierto. Reconoció el coche del señor Noval. Algo extraño, dada la hora. Lo normal era que, cuando ella llegaba, él ya hubiera salido. Algunas veces, pocas, se cruzaban un momento en la entrada. Él la saludaba con la mano y mostraba una gran sonrisa que le rellenaba los mo-fletes, y enseguida salía disparado calle abajo, haciendo chirriar las ruedas del vehículo contra la gravilla.

«O se le pegaron las sábanas», pensó como algo natural el hecho de quedarse en la cama un día de niebla.

«O está enfermo.»

«O está acompañado.»

Enseguida descartó la visión del señor Noval en compañía de un hombre o una mujer. Aquello no era de su incumbencia. Su trabajo se limitaba a limpiar la casa y a preparar la comida. Ver, oír y callar.

El relente de la noche invitó a Emilio a resguardarse, primero bajo el alero y después en el interior de la casa. Lo molestaban sobremedida las noches de niebla.

Evelina entró en la vivienda y cerró la puerta con ganas, dejó fuera la niebla y experimentó una sensación de bienestar semejante a la que procura un suspiro. Al momento percibió el olor, la fragancia delicada de la nuez moscada. La boca se le llenó de saliva y en su cerebro se iluminó la imagen de una lasaña, de una masa de croquetas tiernas y untuosas. Aspiró el olor hasta llenar los pulmones. «Bechamel.» Pronunció bajito la palabra varias veces y a su memoria acudió el recuerdo del primer día de trabajo en la casa.

Veli iba recomendada por su vecina, la señora Pura, la del Cuetu. En la casa de los Noval necesitaban una asistenta con mano en la cocina y hacendosa. Y allí se presentó, hecha un manojo de nervios que desapareció como por encanto cuando se encontró en la cocina a Emilio Noval. El hombre iba ataviado con un delantal y aferraba una sartén en la que daba vueltas a una masa cremosa de croquetas con un apetecible tono dorado.

—Rállame un poco de nuez moscada —recordó que le había pedido nada más entrar en la cocina.

—Señor Noval, no conozco la nuez moscada.

—Mira. —Emilio Noval se retiró de la lumbre y se lavó las manos. Era un hombre moreno, delgado y fibroso. Nada destacable. De espaldas habría pasado desapercibido a ojos de cualquiera, sin embargo, poseía un rostro tremendamente atractivo y era de los que sostenía la mirada sin parpadear, como si escrutara la reacción en la otra persona.

El señor Noval sacó del especiero un frasco que contenía un puñado de bolas de un color a medio camino entre el gris y el marrón, que a ella le recordaron a las canicas de madera con las que jugaba de niña.

—En realidad, no es una nuez —le había advertido Noval mientras espolvoreaba sobre la masa de croquetas el resultado del rallado. Y al instante aquella cocina se convirtió en el escenario de un cuento de *Las mil y una noches*.

Jamás en la vida había olido algo tan maravilloso.

Ante la sonriente cara de Emilio, Veli tocó el cielo.

Emilio consultó el teléfono móvil y lo abandonó con desidia sobre la mesa. Se ató el delantal, batió un par de huevos y se preparó una tortilla francesa para cenar. Instalado en el cuarto de estar y para diluir la soledad, decidió ambientar la triste tortilla con música. Encendió el equipo y seleccionó un vinilo. Mala decisión. Los melancólicos rifts del Rambling on my mind en la guitarra de Clapton, su músico favorito, lo enervaron. Apenas aguantó unos cuantos acordes antes de apagar el equipo. No estaba de humor, y decidió que cenaría en silencio.

La empleada del hogar sacó la bata, los guantes y las pantuflas de la bolsa de deportes y se dirigió a la cocina. Un solo plato en el fregadero le indicó que el señor Noval había cenado sin la compañía de su hija.

Salió al pasillo y se colocó la bata. Comprobó de un vistazo que las puertas del aseo y de la despensa estaban abiertas. Observó entonces que la del cuarto de estar permanecía inusualmente cerrada. Con un hormigueo muy desagradable que le recorrió todo el cuerpo, avanzó un paso, dos, tres. Se detuvo ante la escalera de madera que accedía al piso superior y apoyó el pie en el primer peldaño. El escalón crujió con el peso y ella contuvo el aliento.

—¡Señor Noval! —gritó con voz firme.

Esperó unos segundos durante los que no obtuvo respuesta.

—¡Mónica!

Llamó a la hija, convencida de que no se encontraba en la casa. Quizá fuera una apreciación subjetiva, pero el

silencio la descolocó. En el corazón de Veli se encendió una alarma que le erizó la piel. Algo no encajaba.

La cena fue breve e incómoda. La discusión con su hija le había dado dolor de cabeza. Emilio salió del cuarto y depositó el plato sucio en el interior del fregadero. Ya de regreso, se detuvo en el salón y localizó su ordenador, olvidado sobre uno de los sillones. Acababa de recordar que al día siguiente era martes y que la asistente iría a la casa. Podría pedirle que cocinara uno de esos arroces que se le daban tan bien. Encendió el portátil. En ese momento, un golpe seco procedente del exterior lo distrajo, pero continuó sin darle importancia.

Veli reparó en que el ordenador de Emilio se mantenía en equilibrio sobre el brazo del sillón y lo situó sobre la mesita. Al hacerlo, se percató del parpadeo de una luz roja. En la pantalla aparecieron varios ficheros. Una nota recordaba las citas pendientes; nombres de clientes, nada interesante. Decidió entonces adentrarse por el pasillo y la intensidad del olor a especias aumentó. El silencio hacía que se revolviera por dentro.

Un golpe en la ventana provocó que se girase alarmada. Comprobó, con el corazón acelerado, que el gato del vecino se paseaba tranquilamente por el alféizar. La incertidumbre se encendió como un neón en plena noche hasta conseguir incomodarla. «No te preocupes tanto, Veli —se dijo a sí misma—. Seguro que la cría pasó la noche con su amiga y Emilio salió temprano.»

La mujer controló el breve temblor de la mano al empujar el picaporte. Entró en el cuarto. La niebla suspendida en el exterior mantenía la habitación en penumbra. Las sombras perfilaban la vitrina de cristal y el cuadro de un bodegón colgado de la pared. Todo estaba recogido.

Emilio regresó al cuarto de estar con una botella de vino dulce en la mano. Se sirvió un vaso y lo dejó sobre la mesita auxiliar.

Olfateó y se relamió. Le apetecía saborear antes de acostarse ese vino especiado que importaba de Francia. Minutos después escuchó el timbre de la puerta. «Mónica tiene llave, aunque con la bronca de antes y la espantada, lo mismo la ha olvidado», pensó al tiempo que su cerebro elaboraba una explicación para aquella inesperada visita. El timbrazo se repitió. Antes de abrir, describió la cortina y echó un vistazo. La niebla que comenzaba a posarse en el suelo lo emborronaba todo. Dudó un momento antes de reconocer a la figura que esperaba detrás del cristal, y abrió la puerta.

Veli tardó unos segundos en acomodar la vista a la falta de luz y en reconocer a Emilio Noval. Estaba sentado en el sillón orejero de flores azules con los ojos muy abiertos y un rictus de terror que la dejó sin aliento. Se acercó con cuidado y descubrió una gran mancha de sangre a la altura del corazón que empapaba la camisa y parte de la tapicería del sillón.

Emilio Noval estaba muerto.

La mujer ahogó un grito de espanto, sobrecogida por la escena. Recorrió el cuarto de un vistazo mientras intentaba controlar el temblor de su cuerpo. Reparó en la botella vacía y en el vaso sobre la mesa. Pero su mente solo era capaz de concentrarse en el intenso aroma a nuez moscada.

Como si nada, como si nadie, como si nunca

Gijón

LA AGENTE DE la Policía Nacional de Gijón, Marina Roldán, se despertó de sopetón. Necesitó unos instantes para ubicarse; las pastillas que el médico le había recetado para combatir el insomnio la dejaban grogui. Palpó con pereza el lado opuesto de la cama en busca del contacto con la piel de su marido y recordó que había dormido sola. Carlos, arqueólogo de profesión, participaba esos días en unas jornadas sobre arte prerrománico asturiano en la ciudad de Oviedo.

Un instante después le acudió a la memoria que aquella mañana solitaria era su primer día como parte integrante de la Unidad Especial de la Policía Nacional en el Principado, con interés único en los concejos del Oriente.

Y no tenía ni pizca de ganas de salir de la cama.

En los últimos días la consumía un pensamiento recurrente que conseguía sumirla en un estado de profundo malestar físico. Debería de estar contenta, puesto que la resolución del caso anterior confirmaba su buen hacer como policía. Era la primera vez que se enfrentaba a un delito de violación y lo habían resuelto con éxito. Sin embargo, la envolvía una sensación agridulce. Aunque habían atrapado al culpable, el coste personal mermaba la satisfacción por el trabajo bien hecho.

Marina llegó a Gijón procedente de Madrid con la intención de escapar de un entorno hostil. El comisario al mando

de su unidad la acosaba sin descanso y, cuando logró reunir las fuerzas suficientes para denunciarlo, este aumentó su obsesión hacia ella hasta conseguir aislarla del resto de compañeros. Su carrera como policía se hundía antes de empezar. Había deseado pertenecer al Cuerpo desde que era una niña, pero las posibilidades de progresar se esfumaron, y con ellas su futuro. La solución pasaba por abandonar el Cuerpo o cambiar de destino. Y optó por la segunda. Gijón era una ciudad desconocida y activa donde poder rehacer su vida y avanzar. En contra de lo previsto, desde que pisó la ciudad por primera vez, la vida le había pasado por encima sin darle tiempo a reaccionar. Todos esperaban demasiado de ella. Su jefe, porque ignoraba que carecía de la cualificación necesaria para resolver ciertos crímenes, y Carlos, porque esperaba que el cambio de aires remontase su matrimonio. Lo único que deseaba era no defraudarlos.

Salió de la cama con una nube gris sobre su cabeza y se enfrentó a un nuevo día.

A LAS OCHO de la mañana, la playa de San Lorenzo recibe a los madrugadores con un olor picante en la nariz. El aire está cargado de sal. La vista sobre el mar es tan poderosa que resulta difícil resistirse. Uno considera como algo natural apoyarse en la barandilla que bordea la playa y asomar la vida al Cantábrico. Sin duda, es un ejercicio reparador.

Durante el tiempo en que la agente contemplaba el ir y venir de las olas en el paseo de El Muro, que discurre en paralelo a la playa, las furgonetas de reparto surgían con la abundancia de las setas en temporada. La gente caminaba apretada hacia su trabajo, recién peinados y perfumados. Adolescentes vocingleros, callados, uniformados, asqueados,

resignados o sonrientes recorrían un día más el camino hacia la escuela.

Un barco.

Dos.

Demasiado lejos para distinguir el rostro de los pescadores.

Surfistas enfundados en monos de neopreno y nadadores avezados, cuya edad supera la setentena, recalán en la orilla con la cara enrojecida por el frío y una sonrisa de satisfacción. Un día más, el Cantábrico vigila la vida de la ciudad de Gijón.

A la izquierda se alzaba la iglesia de San Pedro, y junto a ella las termas romanas de Campo Valdés, unas ruinas subterráneas bien conservadas donde los romanos acudían a socializar. Marina recordó que su marido había preparado la visita a las termas el mismo día que ella llegó a la ciudad, recién trasladada desde Madrid. El paseo posterior lo había aprovechado para introducirla en la vida gijonesa. Así fue como se enteró de que las escaleras de acceso a la playa están numeradas del cero al dieciocho. A la número cuatro la llaman la Escalerona, y a la dieciséis se la conoce como el Tostaderu.

Los cristales de las ventanas de los hoteles que perfilan el paseo señalan el recorrido del sol. Es el momento en que los bares y cafeterías se llenan. Las mesas ocupadas y, en la barra, imposible encontrar un hueco. Aroma a café, a bollería, a pan horneado y churros. Churros con chocolate. Eso es lo que vio Marina a través de la cristalera del bar donde se había citado con su jefe, el inspector Salvador Bedia.

El reflejo de su cara sobre el vidrio le devolvió un rostro triste, el de una mujer ambiciosa que pasaba por una racha incierta. Los pómulos acentuados por el cansancio destacaban su nariz aguileña. Marina deslizó la mano bajo los párpados en un intento por borrar las arrugas y las ojeras.

En el interior de la cafetería, la imagen de Bedia paladeando el churro que acababa de llevarse a la boca le arrancó una sonrisa. La gomina brillaba sobre los cabellos negros del inspector y destacaba las primeras canas. Los mofletes alombrados por una barba fuerte y resistente al afeitado se movían acompañados por la acción de ingerir hasta el último sorbo de chocolate que resistía en la taza. El hombre, con trazas de gigante, disfrutaba como un niño.

Marina consultó el reloj, echó un vistazo a sus zapatos relucientes y entró en el bar. Los ojillos negros de Bedia se iluminaron al verla. El hombretón le hizo una seña con la mano y la invitó a sentarse.

—Llegas a tiempo —dijo chupándose con fruición el dedo pulgar y borrando con ello cualquier resto de chocolate—. Y no me gusta la forma en que me miras.

—Creía que habías empezado el régimen. Te veo en forma. —La agente le pidió al camarero un café con leche y un par de churros, y se sentó a su lado.

—Yo a ti no. —La voz del inspector mostraba a las claras que le había fastidiado el comentario de su subalterna—. Estás más pálida y tienes cara de pocos amigos.

—Últimamente no duermo bien.

—¿Una mala noche, Marina?

—No más que otras, Salvador.

Bedia se limpió la boca con una servilleta y se repanchigó en la silla.

—Para tu información, llevo más de dos horas despierto, la última en comisaría. Luego te explico. Por cierto, tenemos una nueva incorporación en el equipo. Se llama Nora Sirgo, es licenciada en Psicología y se le dan de miedo las redes sociales. Enseguida conectó con Cueto. Como sabes, a Quirós lo asignaron a otra unidad porque le falta poco para jubilarse. La chica es joven, despierta y muy competente. Lo comprobarás

en cuanto la conozcas. —Agitó la mano derecha como si espantase una mosca—. Tú y yo nos vamos a tomar un respiro. Cinco minutos que vas a añorar hasta la lágrima en cuanto salgamos de este bar. —El hombre se acercó a ella—. Marina, relájate y mastica.

En cuanto finalizaron aquellos cinco minutos, los agentes de la Policía Nacional abandonaron el establecimiento.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Roldán fingiendo un entusiasmo que no sentía.

—Vamos a Cangas de Onís. Estoy pendiente de la llamada del juez. Tenemos un caso. Un afamado empresario apareció muerto en su casa. Si salimos ahora llegaremos en... —miró el reloj—, más o menos una hora. Tengo el coche estacionado un poco más abajo, pero nos sentará bien caminar. Espero que descansaras lo suficiente.

—He tenido días mejores —contestó soltando un gruñido—. No sé en qué momento llegué a pensar que mis problemas se arreglarían alejándome de Madrid.

En los últimos días, ciertos pensamientos revoloteaban sobre su cabeza. Abandonar. Regresar a Madrid. Alejarse de todo, incluido su marido. Hasta se le había ocurrido dejar el Cuerpo y buscar otro trabajo. Avanzaba por un terreno de arenas movedizas. A Marina el pasado la atormentaba y el futuro le causaba vértigo.

—¡Sácate esas tonterías de la cabeza! —espetó Bedia como si pudiera leerle el pensamiento—. Esconde la porquería debajo de la alfombra y continúa barriendo.

—No es fácil —contestó esquivando una farola e intentando seguir el paso decidido del inspector.

—¿Y quién te dijo que lo sería? Hicimos bien nuestro trabajo, para eso nos pagan. Ya habrá tiempo de lamernos las heridas.

Marina bajó la mirada y sus ojos se posaron en la punta de sus zapatos, siempre impolutos. Aceleró el paso a la vez

que aspiraba tanto aire como le cabía en los pulmones, y experimentó un profundo y hueco dolor al que empezaba a acostumbrarse.

Sobrellevar el dolor y aguantar el mal rato.

Eso es de valientes.

«A veces hay que continuar, como si nada, como si nadie, como si nunca.» Lo había leído en un prescindible libro de autoayuda.

Callejearon a buen paso y se alejaron del bullicio. Entonces Bedia se detuvo, exhibió una enorme sonrisa y accionó el cierre automático de un flamante vehículo policial.

—El Jefe Gris, que es un pedazo de pan, nos facilitó la última adquisición de la comisaría. De momento, nos miman. Nadie confiaba en nosotros y ya ves, ahora resulta que somos la leche. Disfruta de esto, porque uno no sabe cuánto va a durar.

Una vez al volante del coche patrulla, el inspector sorteó las vías más concurridas de Gijón en dirección a la autovía, con la satisfacción que le acababa de proporcionar el desayuno reflejada en la cara.

—Casi se me olvida —dijo deteniéndose en un semáforo—, ayer vi el coche de tu hombre en Villaviciosa. Rosa y yo salimos a cenar.

—¿Carlos? Imposible. Está en Oviedo, en un congreso.

El semáforo cambió a verde y Bedia ni se inmutó. Los claxonazos de los conductores que iban detrás de ellos tardaron poco en escucharse. Con un volantazo se echó a la derecha y frenó el coche en seco.

—Roldán, llevó casi veinte años en el Cuerpo. —La cara del inspector se había cubierto de una pátina de autoridad—, y aunque uno ya no es tan espabilado como cuando era joven, todavía soy capaz de memorizar y recordar una matrícula. Si te digo que era el coche de Carlos, es que era el coche de Carlos.